

984

SUPLEMENTO CULTURAL  
**el tlacuache**

CENTRO  INAH MORELOS

**Veinte  
años  
1,000  
números**

Viernes 2 de julio, 2021



**20  
años  
de El Tlacuache**

# 20 años de El Tlacuache

*¡Cómo que hurtó lo que es tuyo: tu flor de riqueza, el fuego, engendrador de todo arte, para darlo a los mortales! Pague esa culpa a los dioses: aprenda a someterse al dominio de Zeus y a no andar con intentos de amor a los hombres. Esquilo, Prometeo encadenado*

*En el libro "Los mitos del Tlacuache" del Dr. Alfredo López Austin nos ofrece un recorrido en muy diversos caminos en pos del origen, el orden y el significado y la razón de ser de los dioses mesoamericanos, el ensayo que ofrece Austin esclarece un pensamiento religioso milenario y de la presencia de un simpático protagonista de mitos: el tlacuache. Transcribimos un fragmento del capítulo "Las andanzas de un marsupial":*

"Los restos arqueológicos del tlacuache son buen testimonio de la persistencia de su fama. Hay representaciones primitivas muy simples: en Tlapacoya apareció una pequeña figurilla de barro cuya factura se calcula hacia el año 1000 aC. Con el tiempo la figura del tlacuache fue cargándose de símbolos muy variados. Sus imágenes en códices tan importantes como el *Fejérváry Mayer Vindobonensis*, *Vaticano B*, de *Dresde* y *Nuttall*, lo vinculan al juego de pelota, al cruce de caminos, a la decapitación, a las ceremonias de año nuevo, a la Luna, al pulque. Luce mantos multicolores, tocados ricos, bastones de sonajas, y se sienta en taburetes cubiertos con la piel del jaguar. Su morada se distingue en los documentos pictográficos: su emblema es una larga cola de pelos hirsutos colocada repetidas veces, como elemento arquitectónico, en la parte superior del edificio. Una orden de guerreros llevó su nombre entre los mayas septentrionales. Según el *Chilam Balam de Tizimín*, dos cuerpos militares sostuvieron en Mérida a un gobierno usurpador: los *balam ochil* ("jaguares-tlacuaches") y los *balam ch'amacil* ("jaguares-zorros"). En la cerámica hay remotas representaciones que nos hacen entender la categoría del animal por la riqueza del simbolismo anejo: orejeras redondas, tocados complejos, pectorales con glifos, mazorcas atadas al cuello y lo que se ha descrito como "una especie de trenza sobre la nariz", que es una de las características más notables de los dioses mexicanos de la lluvia. No falta el marsupial entre las joyas mixtecas de oro encontradas en la Tumba 7 de Monte Albán; entre ellas hay tres pequeñas piezas que representan al dios de la lluvia, al jaguar y al tlacuache. En los textos mayas, ya en el *Popol vuh*, ya en el *Chilam Balam de Tizimín*, aparece el tlacuache como señor del crepúsculo matutino o como representación de los dioses que sostienen el cielo en cada una de las cuatro esquinas del mundo.

La complejidad de sus ligas con lo invisible remonta los siglos. Si bien no es posible saber cuándo empezó el hombre a asociar la figura del tlacuache con las proezas míticas, se ha hecho notar que ya para el Clásico hay en la región zapo teca representaciones suficientes para afirmar la divinización del marsupial. Asimismo aparecen en Teotihuacan, en un taller ubicado al norte de la Ciudadela, moldes para fabricar pequeñas figurillas de tlacuache que posiblemente eran adheridas a vasijas de culto. Una de las 18 veintenetas o "meses" que dividen el año de los tzotziles recibe su nombre. A principios de este

siglo, los nahuas de San Pedro Jícora, Durango, consideraban que el tlacuache era el nahual de la diosa Tonantzi. Villa Rojas registró que los mayas creen que la basura algodonosa de las madrigueras de los tlacuaches puede mezclarse con la pólvora para matar un venado fabuloso: un venado que es de “puro aire” y que pertenece a San Jorge. Y aquí y allá su efigie colgada en templos y chozas, sus despojos usados como medicamentos, su presencia en los cuentos y en los mitos, hablan de una tradición en la que nuestro personaje ocupa un lugar prestigioso. Es el jefe del mundo, el resistente a los golpes, el despedazado que resucita, el astuto que se enfrenta al poder de los jaguares, el jefe de los ancianos consejeros, el civilizador y benefactor, el abuelo respetable y sabio, el arrojado, y en la moral popular no contradice estos atributos el que sea astuto, ladrón, borracho, fiestero, parrandero y lascivo.

El mito más importante del tlacuache, sumamente extendido y rico en variantes, es el que relata las proezas del marsupial como un prometeo americano. Una síntesis más o menos homogeneizante de las distintas versiones nos remite a los tiempos en los que la humanidad carecía de fuego, y éste era poseído por seres celestes en algunos casos, por habitantes del inframundo en otros. La vieja avara es uno de los dueños más mencionados; pero en una bella versión recogida entre los chatinos por Bartolomé y Barabas, son los demonios los que tienen el fuego, la fiesta, el mezcal y el tabaco. El tlacuache, comisionado u oficiosamente, va con engaños hasta la hoguera y roba el fuego, ya encendiendo su cola, que a partir de entonces quedará pelada, ya escondiendo la brasa en el marsupio. Gran benefactor, el tlacuache reparte su tesoro a los hombres. Sin embargo, el mito no siempre concluye con el don del fuego. Entre los coras, por ejemplo, el mundo se enciende cuando recibe el fuego, y la Tierra lo apaga con su propia leche. Entre los huicholes el héroe civilizador es hecho pedazos; pero se recompone uniendo sus partes y resucita.

Como manipulador —aunque torpe— del fuego, el tlacuache aparece en otros mitos. En el mito zoque-popoluca del Espíritu del Maíz, el tlacuache es el aliado del héroe que intenta rodear con lumbré la palma en la que se refugia su enemiga. Fracasado, se quema el rabo, que desde entonces queda pelon. Otras versiones del mito del fuego sustituyen al marsupial con otros animales: el zorrillo, la zorra, el mono, el perro, el ratón y el sapo. El mito del tlacuache (o sus sustitutos) es hoy, sin duda, el más importante de la donación del fuego a los hombres; pero no es el único: otros héroes civilizadores de mitos muy diferentes son Quanomoa o Hatsikan entre los coras, al Rayo entre los mochós y al muchacho que se transforma en Sol, entre los tzotziles.



Imágenes tomada del libro  
“Los mitos del Tlacuache”,  
Alfredo López Austin.



Escultura zoomorfa de Tlacuache,  
Tenayuca, Estado de México. 1200, 1521.

# origen, tradición y encuentros de “un inmortal”, el Tlacuache

Luis Miguel Morayta Mendoza

Centro INAH Morelos - Colectivo de Estudios sobre el Patrimonio Biocultural de Morelos y Regiones Colindantes

**S**iempre resulta importante recordar los orígenes de quién ha salido de su madriguera casi cada semana durante veinte años, a compartir y a enriquecer los conocimientos sobre los legados y patrimonios históricos y culturales, El Tlacuache. Su aparición fue una continuación de otro, suplemento, Tamoanchan, publicado en los diarios: el Regional del Sur y en La Unión. Este suplemento inauguró los esfuerzos de investigadores y técnicos por dar a conocer algunos de los logros de los proyectos y difundir algunos de los conocimientos que se iban construyendo. Hubo varias secciones que por un tiempo se continuaron en el Tlacuache, tales como, Notas del Campo y la Sección de Plantas Medicinales. A veces, lo vivido en las comunidades servía de material descriptivo. Un ejemplo personal fue lo que me sucedió en Chalcatzingo. Era una noche lluviosa y muy oscura. Una familia me dio refugio en su jacal y me convidó de cenar. Me preguntaron que si me gustaban los atolocates. Yo no sabía que cosa eran, pero por cortesía dije que sí. Ante una obscuridad casi total no pude distinguir lo que había en el plato que me sirvieron. Al otro día, le pregunte a una familia, “¿que cosa son los atolocates? Les conté lo de la cena y se carcajearon. Los atolocates son los ajolotes, antes de que les salgan los bracitos. Fue el chiste del pueblo, por una semana. También se incluían artículos de denuncia. Como la batalla que libró, el Prof. Carlos Barreto Mark (q.e.p.d.) en su defensa por la diversidad política y en salvar al mercado viejo de Cuautla. Este profesor, Rafael Gutiérrez y quien escribe estas líneas iniciamos el Tamoanchan.

Así que, al concluir la relación con esos periódicos hubo la necesidad de buscar en otros diarios un espacio para divulgar y difundir. Lo principal ya lo teníamos: la continua generación de conocimientos y la vocación por compartir. Fue así, que un día hablando con el Antrop. Francisco Guerrero, que en ese tiempo era el dueño de La Jornada de Mo-

relos, le propuse la idea de publicar en su diario un suplemento, nos brindó un apoyo entrañable. Una buena cantidad de compañeros del Centro INAH Morelos, se entusiasmó con la idea y se prestaron a participar. Solo faltaba bautizar al naciente suplemento. Queríamos tener un título original y que conectara lo antiguo con lo presente. En un destello de ocurrencias me vino a la mente el tlacuache. Un personaje que aparece en la mitología antigua mesoamericana y que hoy habita en todo el territorio morelense. Se invitó al connotado Historiador Alfredo López Austin para que fungiera como padrino del suplemento. Se le invitó por ser quién ha publicado el papel del tlacuache en proveer a la humanidad de varios beneficios, según rezan varios mitos.

No quiero terminar estas líneas sin hacer mención del extraordinario abanico de temas que han ido transitando por la madriguera de El Tlacuache y de las valiosas colaboraciones que han aportado, desde instituciones de investigación, la UAE-Mor., y otras instituciones pero principalmente de las comunidades originarias. Hay una buena cantidad de artículos que escribieron miembros de estas comunidades o que fueron dedicados a difundir la vida y los esfuerzos por tener vigentes sus usos y costumbres. Escribieron sobre cómo se vivió el 68 en Ticuman y sus otras historias y leyendas. Se publicaron artículos sobre la vida en el Campamento de cortadores de caña Gustavo Salgado Delgado. Hay participaciones de Xoxocotla y los esfuerzos por mantener lo propio. Tanto en lo referente al Sismo S19, de 2017 y a la pandemia covid -19 s., se publicaron una buena cantidad de tlacuaches inclusive de autores locales.

Veinte años, mil números del El Tlacuache y todo salió de la misma madriguera. Felicidades a todos los compañeros internos y externos que apoyaron esta proeza. A los que ya no están por que tuvieron que tomar otros rumbos o para quienes se nos adelantaron, a todos gracias.



Imagen tomada del libro "Los mitos del Tlacuache", Alfredo López Austin.

# El Tlacuache que corre cada semana

Eduardo Corona-M.

**E**n junio del 2006 recién había llegado al Centro INAH Morelos y me invitaron al evento que había en el auditorio del Museo Regional Cuauhnáhuac para celebrar los primeros cinco años del Tlacuache. Los discursos, como siempre fueron emotivos, se hacía énfasis en que este era una experiencia conjunta con La Jornada Morelos y que se le veía mucho futuro. Los editores se congratulaban por haber llegado a los ¡cinco años!

Hoy, 15 años después, aquí sigue el Tlacuache, cada semana sale corriendo entre las teclas de los autores y apenas alcanza el tiempo para que Pao, nuestra diseñadora, le acomode la colita en la portada y se pueda ir a publicación. Además, todos nos seguimos sorprendiendo de su vitalidad: un número es de la fiesta de un pueblo y sus implicaciones etnográficas, otro día toca que sale de la tierra con un hallazgo arqueológico: un pedacito de cerámica, una escultura, un mineral que se salvó de la retroexcavadora, del arado, o simplemente de nuestra falta de memoria. Otras veces, el tlacuache habla de plantas medicinales, de las diversas interacciones de los humanos con la naturaleza, de los fósiles, de la comida, de la evolución. Así descubrimos que ese tlacuache es igual que el del imaginario, ahí sigue, buscando madrigueras en muchos lugares para hallar y rescatar ascuas de los diversos saberes.

Hoy a 20 años de iniciado El Tlacuache me tocó estar del lado de los editores y del equipo de producción. Han sido años de cambios y altibajos, pero nunca dejo de salir el suplemento. De eso podemos congratularnos. Siempre le hemos encontrado una madriguera para que saliera cada semana, así hemos pasado también por el Sol de Cuernavaca, por el Instituto Morelense de Radio

y Televisión; pero sobre todo llegamos a la casa principal: a la página web del INAH.

De esta manera hemos transitado como un suplemento cultural con pocas reglas, pero que ha facilitado la circulación y el consumo de ideas y saberes, que refleja los diversos imaginarios usando en la medida de lo posible, un lenguaje llano y a veces metafórico, pero siempre tratando de ser precisos en el argumento de los que se quiere transmitir. Ahora también, en los últimos números se ha incorporado una mayor cantidad de imágenes para tener una vía más de comunicación con nuestros lectores.

Hemos visto desaparecer varios medios de comunicación escritos, sabemos que no es fácil sostener una labor editorial continua, y lo hemos vivido en carne propia: mantener un equipo y un espíritu de trabajo y colaboración; resolver problemas de circulación, de urgencias de revisión y edición, sabemos que a veces hay errores, uno no quisiera verlos, pero como dicen también eso nos habla de las marcas que le deja al suplemento su no tan fácil tránsito por la vida.

Estoy claro que el futuro no está escrito, pero no veo ahora, que este Tlacuache este agotado o nos haya agotado. Al contrario, veo que cada semana Karina, Paola y todos los que formamos el Consejo Editorial, contribuimos con algo para que siga corriendo entre las teclas y se pueda acomodar su colita en S para la nueva publicación. ¡Así seguiremos, sin duda!



Pectoral en oro, proveniente de la tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca.  
Imagen tomada de la revista Arqueología Mexicana, Edición  
especial 41. pag. 24

# veinte años viajando en la bolsa del marsupial

Giselle Canto Aguilar

Las aventuras del Tlacuache has sido por demás azarosas, como deben de ser las aventuras de aquel que se atrevió a robarle el fuego a los dioses. Comenzamos felices y confiados en que el camino que seguiría este marsupial sería recto, plano, amplio e iluminado, y que con él viajarían las historias del pasado y presente del estado de Morelos, así como se hablaría de su patrimonio cultural y su conservación. Ya contábamos con promesas de participación de arqueólogos, historiados, antropólogos, restauradores, arquitectos, cronistas y estudiosos de los pueblos y regiones de Morelos. De tal manera, las andanzas del Tlacuache saldrían avante fácilmente, ¡ajá!. Pero la realidad fue muy diferente, muchos de los participantes fueron “flor de un día”, un artículo y adiós; otros decidieron “no quemar la pólvora en infiernitos”, pues su investigación estaba encaminada a terminar publicada en un libro de carácter científico; otros autores se bajaban de la bolsa del marsupial al fragor del trabajo; mientras que otros trabajos a publicar, por suerte los mínimos, resultaron en un arduo trabajo de edición que ocasionó que se considerara con mucho cuidado volver a invitar al escritor.

Así que, el camino que se vislumbraba “sencillo” resultó empinado, con peligrosas curvas, oscurecido y cerrado por cópales, ceibas, parotas y demás árboles, sobre los que el tlacuache saltaba y se escabullía y se perdía de repente, o de plano se hacía el muerto. Sin embargo, prevaleció a lo largo de 20 años y le deseamos que continúe con buena salud muchos, muchos años más. Agradecemos su longevidad al trabajo de muchos compañeros, demasiados para nombrarlos a todos, tanto de aquellos que transitaron por los comités editoriales, que ante la escasez de entregas escribían de manera rápida y virtuosa artículos sumamente interesantes cinco minutos antes de que se cerrara la edición, como de aquellos que creemos firmemente en poner a disposición de las personas interesadas en conocer la historia de Morelos, de manera accesible, los nuevos avances, interpretaciones y hallazgos de nuestro quehacer científico. Un abrazo afectuoso a todos ellos.



Figurilla antropomorfa con cabeza de tlacuache, Colima, México, ca. 300; ca. 900.

# Arqueología con los pies sobre esta tierra morelense

Raúl Francisco González Quezada

**H**ace unos veinticinco años descubrí que, para practicar la ciencia arqueológica, tenía que pensar en su utilidad más allá de la experiencia intelectual y el profundo gozo que me causaba conocer los procesos sociales del pasado. Reconocí entonces que la práctica arqueológica era de alguna manera, una de esas ciencias que, al explicar el pasado de las sociedades, descifraba algunas causas de nuestro presente. Practicar la Arqueología significó a partir de ese momento, de algún modo, buscar el rostro de nuestra sociedad en el reflejo de ese especial espejo que es la Historia, un espejo que no nos permite observar de manera diáfana porque ha perdido su brillo con el paso del tiempo, pero que con las técnicas correctas logramos atisbar múltiples imágenes del pasado.

La ciencia arqueológica se puede practicar colocándose desde diversos puntos, y en no pocos casos, el investigador decide dónde va a ubicar sus pies y su mirada cuando investiga el pasado, en qué dimensión del espejo decide asomarse y hacia dónde observa.

Así que se puede investigar colocando los pies en un palacio en Xochicalco, o sobre una casa campesina en un caserío en un pequeño pueblo como Xicatlacotla; podemos pararnos en la plaza de una urbe como la de Teopanzolco o en el fondo de una gran barranca en Hueyapan, y no importa desde dónde se investigue, sino qué es lo que se pregunta.

El alemán Bertolt Brecht cuestionó hace tiempo en ese poema que llamó "Preguntas de un obrero que lee", sobre aquellos que participan en la Historia, pero que no son mencionados en la labor del historiador; se preguntó por los constructores, los obreros, los esclavos, los soldados, los cocineros y los habitantes de las ciudades para cada hazaña que el historiador resalta del pasado, donde solamente aparecen las figuras de los líderes y de los conquistadores. Así que, si necesitábamos que la Arqueología sirviera más allá de la explicación partiendo del interés por los líderes y los conquistadores, debería servir también para desencubrir a los encubiertos por el devenir histórico y por la Historia tradicional. Así que constantemente nos preguntamos en nuestras investigaciones en los pueblos de Morelos, sobre los campesinos, los artesanos, los agricultores, los hombres, mujeres y niños que descubrimos enterrados debajo de sus casas en una aldea pequeña de hace 600 años en Huaxtepec, o por aquellos que inferimos en la construcción de una ciudad como Cuauhnahuac hacia el año 1200 de nuestra era. Le preguntamos a los restos de ollas y cajetes, de metates y metlapiles, de pintura rupestre, de muros y pirámides, de semillas y textiles, a los huesos de la gente y sus animales, e incluso a los átomos y a los isótopos, a qué se dedicaban, qué comían, cuál era su estado nutricional, cómo eran sus casas, si habían inmigrado, dónde hacían sus rituales, qué temas les preocupaban, pero sobre todo, si había equidad entre ellos, cuáles eran las contradicciones entre

los pueblos, entre los géneros, entre los grupos de edad, o cuál era su particular forma de mostrar su identidad en su sistema de valores que los distinguía del resto de los muchos pueblos de América Media.

De todo lo anterior nos habla la Arqueología si le sabemos preguntar, pero para lograrlo, debemos colocar nuestros pies en las tierras morelenses, desde los fríos extremos de las pinturas rupestres de Tetela del Volcán, hasta los caseríos en el calor intenso de Jojutla; desde las comunidades agrícolas y artesanales, hasta los gober-

nantes, líderes y conquistadores, para abarcar a todos los que hicieron posible la existencia de esas sociedades que de no haber resuelto su día a día, no estaríamos en el presente nosotros.

Somos el fruto de comunidades y sociedades altamente persistentes y resistentes, fruto de contradicciones y negaciones en la Historia, del trabajo de todos ellos claro, pero donde la inmensa mayoría siempre la han constituido los grupos subalternos, esos sobre los que Bertolt Brecht sigue interpelando al final de su poema cuando indica: "Tantos relatos. Tantas preguntas".



Imagen tomada del libro "Los mitos del Tlacuache", Alfredo López Austin.



Imagen tomada del libro "Los mitos del Tlacuache", Alfredo López Austin.

# Larga vida al Tlacuache

Tanía Alejandra Ramírez Rocha

**H**a sido una vida larga la de este Tlacuache, que ha viajado por múltiples espacios, lugares, tiempos e historias. Nos ha acompañado en lecturas semanales, que han ido cambiando de día, conforme los devenires del suplemento. Recuerdo acompañar los andares del Tlacuache como lectora, desde su publicación en el periódico La Jornada.

Es una ventana que me ha permitido mirar al estado de Morelos, principalmente, desde temas muy diversos, como la etnobotánica, el conocimiento sobre plantas medicinales, los procesos de restauración de retablos y obras de arte sacro, las festividades, las diversas identidades y formas de vivir en el Morelos actual; así como, aspectos de la etnohistoria de los pueblos que han habitado esta región desde la época mesoamericana-prehispánica, hasta hoy día.

Las plumas y las tramas temáticas que han acompañado al Tlacuache a lo largo de veinte años, dan cuenta de la importante labor que ha tenido el suplemento, para llevar a todo público, la información, que generalmente proviene de las y los mismos autores de las investigaciones que se gestan en el centro de INAH-Morelos. Me parece que la multiplicidad de voces ha dado respuestas a muchas interrogantes para los habitantes del estado, sobre quiénes y cómo viven los habitantes de esta región del país, desde ayer muy remotos hasta nuestros presentes muy cercanos, y en diferentes latitudes del estado.

Mi aportación al suplemento es reciente, sin embargo, con el compromiso de aportar a los lectores información desde mi quehacer en el estudio social sobre la niñez y el género. Algunos números

han abordado cómo piensan y representan el territorio las niñas y niños que habitan en el norte del estado; o bien cómo se organizan y viven la experiencia de jugar fútbol soccer las mujeres; o qué transmiten las fotografías donde aparecen niñas y niños en el Morelos del siglo pasado. Estas han sido algunas de las preguntas que me han guiado en mi participación, dentro del devenir del Tlacuache.





Urna zapoteca de cerámica con forma de tlacuache.  
Imagen tomada de la revista Arqueología Mexicana, Vol. VI-Núm. 35, pág. 52.



# una comunidad tlacuachera: 20 años

Erick Alvarado Tenorio

**S**e cumplió. Con este número especial la comunidad tlacuachera inicia la celebración por veinte años de vida editorial, dedicados a divulgar las aportaciones de profesionales en diversas ramas del saber, lo mismo que restauradores que arquitectos, de biólogos a historiadores, y desde luego de antropólogos y arqueólogos, así como algunos actores sociales de comunidades morelenses. No pueden faltar instituciones académicas que han hecho diversas contribuciones al conocimiento sobre la región. Por su puesto, siempre hemos tenido abiertas las páginas a jóvenes investigadores que han indagado la gran diversidad del patrimonio cultural que cuenta Morelos.

Estos veinte años fueron gracias a la suma de diversas voluntades; los consejos editoriales que a pesar de las inclemencias, continuaron con el proyecto, a los promotores de difusión este suplemento que a lo largo de los años gestionaron con los medios de comunicación tanto impresos como digitales, hasta llegar a la actualidad a través de plataformas de nuestra noble institución. Siempre estaremos agradecidos con aquellas personas que dedicaron con pasión los diseños de portada y que llenaron de goce cada página, transformando y dando una identidad en cada etapa. Todos ellos son la comunidad Tlacuachera que no se ve, pero su labor es invaluable. En este número especial, escribe el consejo editorial actual, pero también recordamos con cariño a todos aquellos que transitaron a lo largo de 20 años.

Editor de este número:  
**Consejo Editorial**

SUPLEMENTO CULTURAL  
**el tlacuache**  
CENTRO  **INAH** MORELOS

**Órgano de difusión de la  
comunidad del INAH Morelos**

**Consejo Editorial**

Erick Alvarado Tenorio  
Giselle Canto Aguilar  
Eduardo Corona Martínez  
Raúl González Quezada  
Luis Miguel Morayta Mendoza  
Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad  
de sus autores.*

Karina Morales Loza  
Coordinación de difusión

Adriana Paola Ascencio Zepeda  
Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico  
**Centro de Información  
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:  
**[difusion.mor@inah.gob.mx](mailto:difusion.mor@inah.gob.mx)**

Crédito foto portada:  
Figurilla antropomorfa con  
cabeza de tlacuache, Colima, México  
ca. 300; ca. 900.



**GOBIERNO DE  
MÉXICO**

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



**Centro INAH Morelos**  
Matamoros 14, Acapantzingo,  
Cuernavaca, Morelos.